



VISITA XXVII

Sexta endología.

I. ¡Oh dulcísimo Jesús mío!
¿Cuándo tu amor sagrado me rodeará por todas partes como un ropaje de hermosura, para que pueda mi alma aparecer ante tus ojos adornada y embellecida? Levántame, Señor, por virtud de tu amor á la divina contemplación; arrebatame mi espíritu á lo más alto de los montes eternos, para que no me envuelvan las tinieblas de este siglo, si de ti me encontrase separado.

II. Alegra ¡oh mi sol! á mi alma llena de tristeza, con la suspirada presencia de tu gracia; envía tu

luz yucundísima, para que, resplandeciendo con suave claridad, renueve todo mi interior, llenándole de luz y de gozo. Dígnate estar ¡oh Dios mío! en mi corazón, y estar en mi boca, y en mis obras y ministerio de cada día, porque vehementemente te deseo, y en la esperanza de tu venida me consumo.

III. Señor mío, que de la nada me has criado, y con tu sangre me has redimido, y estando yo perdido mil y mil veces, me has sacado de las fauces del infierno; concédeme, bien mío, que ya que tú me has amado primero, te corresponda yo al menos amándote con toda la virtud de mi alma; embriágame, rey mío, con la santa sobriedad de tu amor, para que, aunque detenido en el cuerpo, vuele libre mi espíritu á ti, que eres todo mi tesoro.

IV. ¡Que la suave violencia de

tu amor ¡oh Jesús mío! hiera y traspase mi alma de tal modo, que, vencida del pasmo y del fervor, sea sobre sí elevada, y en ti felizmente se transforme!

¡Que te alabe, Señor, toda mi vida, y todo mi espíritu, y todo mi cuerpo, para que ya que á cada instante estoy gozando de los dones de tu misericordia, sea también á cada instante un holocausto de amor y gratitud en tu presencia!

V. ¡Oh amor, oh amor que dulcemente atas y dulcemente aprietas! ¡Oh amor que suavemente hieres y suavemente penetras en las entrañas! ¡Oh amor que maravillosamente enfermas y maravillosamente haces desfallecer! ¡Oh Dios mío, Jesucristo! ¡Ven, ven, Señor; no tardes más! ¡Mira que yo te deseo con toda mi alma; mira cuál te busco con los más profundos gemidos de mi espíritu; mira, amor mío, cómo mi cora-

zón anhela á ti con suspiros más sinceros y más tiernos!

VI. ¿Cuándo dilatarás, Señor, mi mente con la inmensidad de tu suavísimo amor, y la suspenderás en el abismo de tu luz esplendísimma, para que llegue á tocarte á ti, Sabiduría eterna, aunque sea por una breve contemplación? ¿Cuándo echarás sobre mí una mirada de misericordia y de amor, que me consuele entre las penalidades de esta vida? ¿Cuándo colocarás á mi alma, cansada y fatigada, en el lugar de tus pastos apetecidos, junto á las fuentes purísimas de tu felicidad, para que allí, reanimada con celestes delicias, se olvide luego de sus tristes miserias?

VII. ¡Oh Jesucristo, único y todo bien mío! Excita en mis entrañas unos deseos ardentísimos, con los que siempre yo te busque, y por la feliz mansión de la eterna patria

continuamente suspire. ¡Ámete yo á ti más que á mí ¡oh única salud mía, y aun á mí mismo no me ame, sino en ti y para ti! ¡Que la santa dilección me cubra todo, y que mi alma, atraída con la dulzura, se liquide enteramente en la santa caridad, y apartándose de sí misma, y pasando toda á ti, comience siquiera á gustar las migajas de aquellos inefables manjares, y las gotas de los incomprendibles deleites que has preparado ¡oh Señor! para los que te aman.

VIII. ¡Oh mi Dios y mi todo! ¿Qué cosa, fuera de ti, podrá buscar el alma mía, cuando aun á sí voluntariamente se deja por encontrarte á ti? ¡Que mi alma te desee, Jesús mío; que en tu amor se abraze; que, arrebatada fuera de sí por el fervor santo, y absorta en el abismo de las riquezas de tu gloria, sintiendo ya no sienta, y entendiendo ya no entienda,

sino que en ti, dichosamente adormecida, se duerma enteramente, y se una á ti con pura caridad. Muévante, ¡oh Señor mío! mis suspiros y mis penalidades sobre la tierra: concédeme que al menos, mientras tengo que tolerar las miserias del presente destierro, en ti encuentre refrigerio y descanso, para que, cuando deponga la mole de este cuerpo, sea por ti recibido en los esplendores del cielo.





VISITA XXVIII

Séptima endología.

I. Señor, yo he amado el decoro de la casa de tu gloria, y cuando recuerdo la claridad y opulencia de tu reino y la eterna felicidad de que disfrutan los bienaventurados, desfallece la virtud de mi alma. Sí, Dios mío; porque es mejor un solo día en tu presencia, que mil acá en el mundo, pues que en ti se encuentra todo bien. ¡Oh y cuándo vendré y compareceré ante tu faz graciosa y rutilante! ¡Cuándo quedarán plenamente saciados mis deseos con la presencia de tu rostro divino! ¡Oh Dios mío, amor de mi corazón! ¿Cuándo te poseeré perfectamente? ¿Cuándo me

juntarás de ti más cerca, para que claramente yo te mire? ¿Cuándo, rotos ya los lazos y superadas las tentaciones y peligros, me llevarás á ti, para que ya no sea manchado ni te ofenda, sino que cante bien seguro el himno de tu magnificencia, por la multitud de tus misericordias? Ea, pues, amado mío: levanta ya del polvo á este pobre y necesitado; sácame, cuando te plazca, de esta cárcel, y llévame al cielo por tu misericordia, para que allí te alabe mi alma con sempiterno júbilo, por todos los bienes que graciosamente me has concedido, ¡oh salud mía, única y verdadera!

II. ¡Oh dulce Jesús, vida dichosísima, á ti anhela y ansía mi corazón! Porque tú eres grande y laudable sobremanera; tú eres todo hermoso y lleno de inefabes delicias. ¡Oh y cuándo te contemplaré sin medio alguno, Señor, mío! ¿Cuándo te veré á ti, gallardo en la forma so-

bre todos los hijos de los hombres y sobre todos los ángeles? ¡Ah Dios mío, y cómo me invita, y cuánto me atrae tu indecible hermosura! ¡Y cómo enciende en mí ardientes afectos y encendidos deseos! ¡Y cuán maravillosamente regocijan mi espíritu tu luz admirable y tus fulgores esplendurosos! En verdad que ya este cuerpo corruptible es para mí como una amarga corteza, y hasta desearía que, dejándolo á un lado, mi alma, como una nuez de ti preciada, fuese recibida en el granero celestial, y contigo, su verdadero poseedor, siempre estuviese.

Ea, pues, amado de mis deseos: atiende á la voz de mis plegarias; mira cuál te busco con los suspiros de mi alma, mira cuánto deseo contemplar claramente la amenidad primaveral de tu Divinidad.

III. ¡Oh Señor, y cómo la clara vista de ti excede infinitamente á toda hermosura y á todo cuanto de-

leita en este mundo; y que el ojo vió, ó el oído oyó, en el corazón del hombre pasó! ¿Cuándo, pues, Criador mío, te manifestarás tú á mí? ¿Cuándo henchirás mi alma de alegría, mostrándome tu rostro apacible? ¿Cuándo acabarás de alumbrarme enteramente con tus divinos y deseadísimos esplendores? ¿Cuándo me darás de beber, hasta embriagarme, del torrente dulcísimo de tus delicias? ¿Cuándo ¡oh esposo de mi alma! cuándo te abrazaré yo suavemente, y te besaré, y con todos tus Santos te alabaré, en aquella región excelsa y felicísima...?

Mira, Señor, que mi alma se llena de deseos, y desfallece amándote; apiádate de mí, Dueño mío; escucha mis gemidos reiterados, y concédeme que cuando me viere despojado de esta carne mortal, al punto llegue á ti, y eternamente te alabe y glorifique, ya que con este fin me creaste y redimiste.

IV. ¡Oh Dios de paz y de dulzura, cuán grandes deseos tengo de estar contigo, y de ver y contemplar tu amable semblante! ¿Cuándo será eso, bien mío? ¿Cuándo volaré de este desierto á aquella celestial y verdadera patria? ¡Oh patria bienaventurada, donde luce perpetuamente una luz serenísima; donde reina sin intermisión la más amena primavera y el más alegre otoño; donde crecen bajo un clima celeste las flores más esbeltas, y jamás se cierran, y nunca se marchitan; donde dura sin término un aroma suavísimo, y resuena sin fin la admirable melodía de los cánticos y órganos! En ti, Señor, se encuentra el paraíso de las inteligencias, el paraíso sumamente apetecible, de donde manan continuamente ríos de purísimos deleites, y en donde la indecible gracia de todas las hermosuras hechiza y embelesa.

En ti, Señor, está la fuente de la vida, y el mediodía sin sombra, y la

estación tranquila, y la paz imperturbable. En ti y contigo, Señor, se halla, con suma eminencia, todo cuanto puede complacer y agradar al humano corazón. ¿Qué puedo yo, pues, querer fuera de ti? Tú sólo, Señor, me bastas. Concédeme que ya nada ame fuera de ti, y que algún día, por fin, llegue á alcanzarte ¡oh único, verdadero é inmutable bien mío!

V. Yo creo, Señor, lo que aún no veo. Yo creo que las riquezas, delicias y júbilos del cielo son eternos é inmensos. Yo creo que tú eres la suma é increada hermosura y dulzura, de la cual dimanar todas las bellezas y dulzuras criadas; ¡pero yo no te miro todavía! Concédeme, Señor, que perseverando en lo que creo y no lo miro, merezca algún día mirar y contemplar lo que creo. ¡Oh Jesús mío carísimo! ¿Cuándo se convertirá en polvo este mi cuerpo, quebrantándole tú, y mi alma libre volará á unir-

se á ti, su dulce origen? ¿Cuándo dormiré y descansaré en ti, paz mía suavísima, para contemplar claramente lo inefable de tu gloria? ¿Cuándo llegaré á respirar la melíflua fragancia de tu Divinidad, y á contemplar el sol sin ocaso de tu visión sempiterna? ¡Oh y cuán bueno es, amado mío, el verte claramente, y tenerte, y poseerte para siempre! Concédeme, Señor, que acabe esta pobre vida dichosamente en el seno de tu amistad y de tu gracia.

VI. ¡Oh dulce Jesús! En la hora de mi partida, dignate bendecir á mi alma, y envuelve mi muerte con tu muerte vivificante, que es la alianza carísima y el fruto firmísimo de mi reconciliación. Envía á mí en aquella hora á la fiel Auxiliadora, la Virgen María, Madre tuya, amabilísima é inclita Estrella del mar, para que, al mirar yo á esta aurora rutilante, conozca que tú, Sol de Justicia, estás ya cerca. Díg-

nate entonces decir á mi alma: «Yo, tu Criador, tu Redentor y tu amador constante por medio de las angustias de la muerte te he buscado, y con ellas te he adquirido; vive, no quieras ya temer, tú serás siempre conmigo.»

VII. Ea, pues, suavísimo Jesús, perla de divina nobleza, y flor hermosísima de la Divinidad humana: recíbeme y acógeme benigno cuando saliere de esta vida, en la bienaventurada casa de tu claridad y de la paz eterna. Allí ¡oh única salud mía! allí consuélame con la vista de tu melíflua presencia; allí recreáme con el gusto de la querida adquisición con que me redimiste; allí atraeme y ab-sórbeme en el aroma de tu suave espíritu; allí, por el ósculo de la unión perfecta, sumérgeme y abísmame en tu fruición perpetua, para que viviendo en ti, en ti sólo me alegre, y te ofrezca hostias de alabanza, por los siglos de los siglos. Amén.



VISITA XXIX

Petición primera: el Papa y la Iglesia.

¡Oh dulcísimo Jesús mío, que en otro tiempo decías al Príncipe de los Apóstoles: *todo lo que atares sobre la tierra, quedará atado en el cielo, y también: apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas, y, sobre todo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*, dándole así á esta Iglesia, que es tu reino sobre la tierra, una Columna inquebrantable que la sustentase, un Doctor infalible que la enseñase, una Cabeza visible que la gobernase y dirigiese, ya que te quedaste en el Santísimo Sacramento de un modo especial para ayudarle é iluminarle; pues prometiste estar con

nosotros todos los días hasta el fin del mundo, cuando acababas de ordenar el modo de juzgar en tu Iglesia, y de separar á los indóciles, dignate ahora iluminar particularmente la inteligencia de tu augusto representante en el mundo, que, escarnecido de sus enemigos, perseguido por los impíos, privado de libertad por los poderes de la tierra, cargado de inmensas solitudes, abrumado de fatigas, empobrecido de recursos, abrumado de amarguras, no tiene más auxilio que el tuyo, ni otra esperanza que en la misericordia de tu divino corazón. Tú, que eres Pan de vida y de entendimiento, vivificalo y alúmbralo; tú, que eres el trigo de los esforzados, fortalécelo para que el hijo de la iniquidad no ponga mano en causarle daño; tú, que nos preparaste á nuestra vista una Mesa contra todos los que nos atribulan, haz que de esta Mesa sagrada tome armas para combatir á las potestades de la tierra con-

juradas con las del infierno para atacar á tu Iglesia. Mira, Señor, que hoy esta Iglesia santa es perseguida sin tregua por los impíos: contra ella vuelven toda su ciencia; contra ella toda su astucia; persiguenla con las leyes, y persiguenla con las armas; escarnecen á sus ministros, burlan sus peregrinaciones, anulan sus estudios, despojan sus templos, lanzan al desierto sus vírgenes, declaran perniciosos á sus más celosos obreros, cierran sus escuelas, arrebatánle á los niños, envenenan la inteligencia de los jóvenes, profanan la santidad del matrimonio, hostilizan á sus fieles en la vida, y aun en la muerte arrojan sus despojos en un suelo profanado. Tú ves, Señor, estos tristes males, y otros sin fin, que de éstos dimanan, y que de tal manera sacuden el edificio de la Iglesia santa, que si las puertas del infierno pudieran alguna vez prevalecer en contra de ella, ya en nuestros días habrían prevalecido.

Tú ves que muchas veces, entre las persecuciones de sus declarados enemigos, tiene que llorar amargamente, y como dice tu divina Escritura, *amarguísima amargura*, las defeciones y faltas de sus hijos. ¡Ven, oh Señor! clamaré con Profeta, *ven, y mira* por tus propios ojos lo que pasa, *y visita esta viña*, que con tanto trabajo *plantó tu diestra*, y que con tu sudor sanguíneo regaste, y con la efusión de tu sangre en tu pasión beneficiaste, y con tanto penar cultivaste; horribles fieras hoy la devastan, implacables enemigos intentan destruirla, indignas raposas procuran acabarla: *¡levántate Señor, y juzga tu causa!* pues no hay causa más tuya que la de la Iglesia, que es tu cuerpo místico, que te está unido, tu esposa mística, formada de tu Costado sangriento, abierto por la lanza de un soldado en la cumbre del Calvario; tu reino sobre la tierra, que algún día se ha de incorporar con tu

glorioso reino de los cielos. Favorécela, Jesús mío, para que no digan estos nuevos gentiles: *¿Dónde está el Dios de ellos?* Mira que clama á ti con voz angustiada, y que para dar más valor á sus súplicas, acude á la intercesión de tu Madre inmaculada, de esa Reina de amor y de misericordia, á quien amas más que á mil mundos, y á cuyas súplicas no quieres negar cosa alguna; acude también al santísimo varón que te sirvió de padre sobre la tierra, y te alimentó con el sudor de su rostro venerable; acude igualmente á su gran Custodio, el Arcángel que peleó con Luzbel y proclamó tu gloria; acude á los bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo, grandes defensores y guardianes de tu fe y de tu culto. Con la Virgen María, pues, te pedimos, y con San José, su casto Esposo, con San Miguel y los Santos Apóstoles, que te apiades de tu Iglesia; que le concedas el poder servirte con se-

gura libertad, destruidas las fuerzas adversas, y vea tu dulce Sacramento, que es su encanto, su tesoro, su amor y su consuelo, amado y reverenciado con el debido culto por todos sus hijos. Amén.

